rendir á los suecos por hambre, habiendo manifestado que queria enseñar un nuevo arte de guerrear al rey de Suecia, que hasta entonces habia avanzado siempre temeraria é incesantemente y que por fuerza se estrellaria en aquellas inabordables trincheras. Gustavo Adolfo intentó sacar á su adversario de aquella posicion inexpugnable, pero su intento fué vano. Durante semanas y durante meses, los dos generales mas ilustres de aquella época estuvieron frente á frente delante de las murallas de la vieja ciudad imperial sin que entre sus fuerzas se librara el mas insignificante combate. Unicamente la presencia de los convoyes de provisiones motivaba algunas escaramuzas, en una de las cuales los suecos consiguieron hacer prisionero á aquel coronel Sparre de quien Wallenstein se habia servido para sus negociaciones con la Sajonia y que posteriormente á estas habia sido ascendido á cuartel maestre general.

Dado el número extraordinario de tropas allí reunidas en un espacio relativamente pequeño, no podia menos de suceder que al cabo de algun tiempo comenzaran á escasear los víveres primero dentro de la ciudad y despues en los dos campamentos. Muy pronto quedó esquilmada toda aquella comarca en algunas millas á la redonda; la mortalidad aumentó notablemente sobre todo en la ciudad, y en los campamentos sucumbian en masa los caballos, cuyos cadáveres apestaban el aire con sus pútridas emanaciones. La situacion era tanto mas difícil para Gustavo Adolfo cuanto que, mientras él se veía allí condenado á un absoluto quietismo, sus generales en Baviera y en el Rhin se encontraban cada vez mas comprometidos; en su consecuencia, y para acabar de una vez con aquel estado de cosas intolerable, resolvió atacar el campamento fortificado de Wallenstein, contra el parecer de la mayoría de los estratégicos mas ilustres, que consideraban aquella empresa como imposible. Para realizar ese plan, reunió todos los cuerpos que tenia destacados y los agregó al grueso de su ejército sin que Wallenstein hiciera nada para impedirlo; y despues de haber intentado otra vez en vano atraer á los imperiales á una batalla campal, el dia 3 de setiembre ordenó el ataque. Sus tropas suecas, hasta entonces invictas, lanzáronse con sin igual bravura sobre las terribles trincheras, trabándose mortífera lucha especialmente cerca de la «antigua fortaleza:» tres veces subieron los valientes suecos las murallas y otras tantas fueron arrojados de ellas por las tropas de Colalto, y aun cuando Bernardo de Weimar logró apoderarse de una cercana altura desde la cual hubiera podido cañonear la fortaleza, la copiosa lluvia que comenzó á caer puso el suelo intransitable é hizo imposible el arrastre de los cañones hasta la colina. En suma, á pesar del admirable valor de los suecos el asalto fracasó, y al caer la tarde Gustavo Adolfo no tuvo mas recurso que ordenar la retirada de sus tropas.

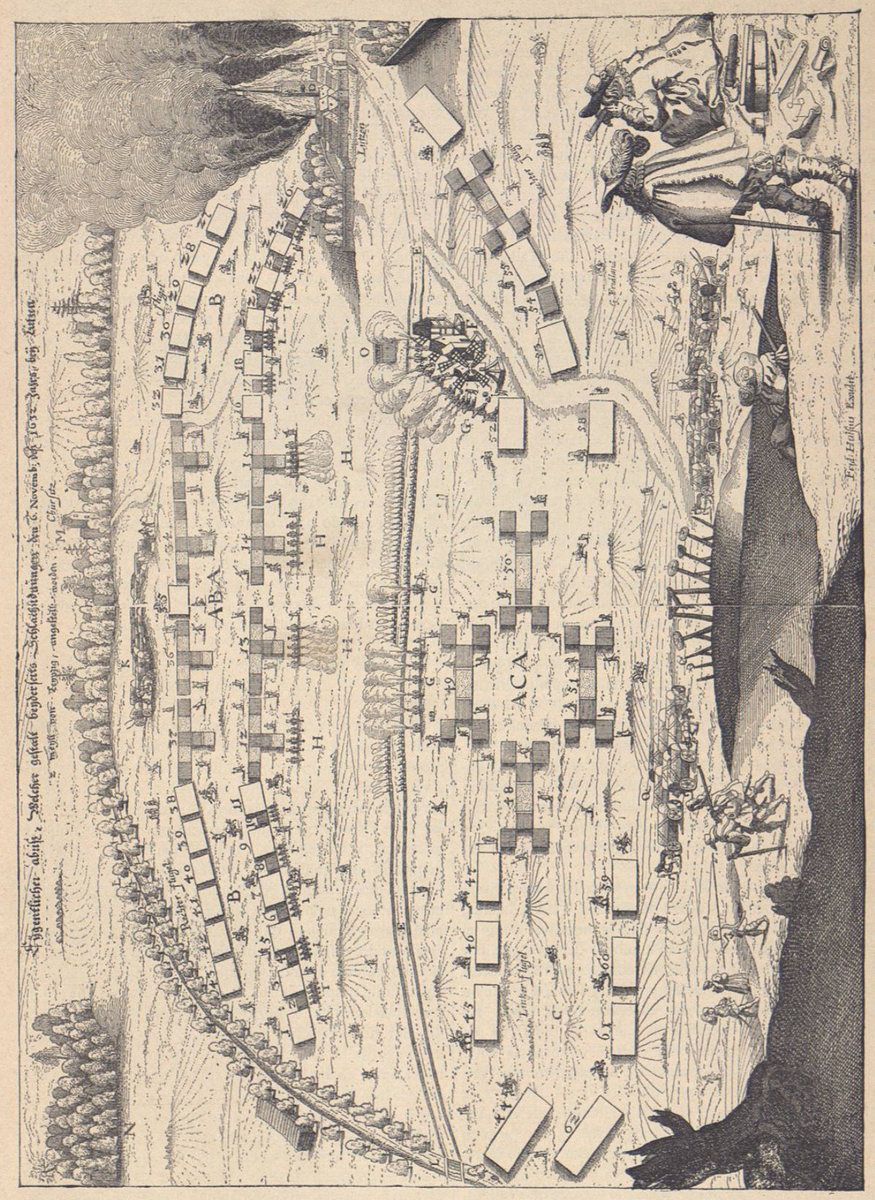
No fué aquella una derrota propiamente dicha para los suecos, pero de todos modos era la primera vez que el rey de Suecia no podia llevar á cabo una empresa militar por él proyectada. Inmediatamente despues de rechazado el asalto, Wallenstein escribió á Viena una carta que respiraba la satisfaccion del triunfo. En realidad el general del emperador podia estar orgulloso por haber sido el primero que habia resistido con éxito al «invencible.»

Fracasado el asalto, Gustavo Adolfo intentó reanudar las negociaciones que con Wallenstein habia seguido en otro tiempo y al efecto propúsose servirse del cuartel maestre general Sparre que tenia prisionero y á quien encargó que ajustara un convenio para el canje de prisioneros y que luego propusiera nuevas condiciones de paz que podrian discutir los plenipotenciarios nombrados por ambas partes. Ofrecióse además el rey á celebrar, si se creía necesaria, una entrevista personal con Wallenstein. Halagadora era ciertamente la oferta, pero Wallenstein observó en aquella ocasion una actitud enérgica y correcta con relacion al emperador, dando cuenta al elector Maximiliano de la proposicion del monarca sueco y haciendo decir á este que nada podia hacer mientras no recibiera instrucciones de Viena. De esta manifestacion se desprende claramente que los poderes que para negociar la paz habia recibido el general al aceptar de nuevo el generalato solo se referian á Sajonia y no servian para tratar con Suecia. Wallenstein notificó al emperador en 10 de setiembre las proposiciones de Gustavo Adolfo; pero como Fernando vaciló en contestar, las negociaciones quedaron por de pronto rotas.

Pocos dias despues, en 18 de setiembre, Gustavo Adolfo, en vista de que el enemigo rechazaba una vez mas la batalla campal á que le provocara el dia antes, resolvió por fin retirarse de Nuremberga, pues era ya punto menos que imposible la permanencia en aquella comarca completamente extenuada. El valor indómito del rey de Suecia se estrellaba por vez primera ante la impasible calma de un adversario dotado de condiciones muy distintas de las suyas, pero dignas de él.

El rey estuvo algun tiempo indeciso sin saber adonde encaminarse. Al principio concibió el pensamiento atrevido, y absolutamente opuesto á la estrategia hasta entonces por él seguida, de atacar directamente al Austria, en donde la poblacion agrícola, vejada por las reaccionarias medidas de los católicos, mostrábase inquieta y agitada y dispuesta á unirse á él en cuanto se presentara. Al formarse este plan grandioso, á cuya realizacion le excitaba su canciller Oxenstierna, esperaba que Wallenstein le seguiria á Austria á fin de proteger los territorios hereditarios del emperador; pero cuando Wallenstein, sin inquietarse porque el rey con su ejército se dirigiera hácia el Sur y atravesara en 5 de octubre el Danubio por Donauworth, se encaminó al Norte, á Bamberg; cuando llegaron noticias cada vez mas graves de Sajonia; cuando Wallenstein hizo entrar en ese territorio primero á Holk y luego á Gallas, que lo saquearon cruelmente y cobraron en él contribuciones; cuando el general en persona invadió el electorado y amenazó con el grueso de su ejército al comprometido elector, y cuando este le demandó auxilio con toda urgencia, Gustavo Adolfo resolvió desistir de aquel atrevido plan de invadir el Austria y prestar el socorro que tan urgentemente le pedia su aliado sajon á pesar de la poca sinceridad de que este hasta entonces habia dado pruebas. A obrar así movíanle tambien otras consideraciones políticas. La conducta de las potencias extranjeras indicaba, á juicio suyo, que el fracaso de Nuremberga habia perjudicado considerablemente á su reputacion que á tanta altura colocaran sus anteriores triunfos. Francia se negaba á pagarle los subsidios; el siempre envidioso y casi hostil rey de Dinamarca, á quien la corte imperial trataba con grandes miramientos desde la paz de Lubeck, hacia activos aprestos militares seguramente para ir contra Suecia; los Países Bajos parecian dispuestos á firmar un nuevo tratado con España, y hasta las mismas relaciones con Inglaterra comenzaban á enfriarse. Gustavo Adolfo se vió otra vez casi completamente aislado, creyó que no tenia fuerzas para vencer en Alemania los peligros que de todas partes le amenazaban y comprendió que, á pesar de todas sus victorias, su situacion habia de agravarse desde el momento en que dejara de estar seguro de sus aliados, los príncipes protestantes alemanes. Por esta última razon le era preciso apoyar á toda costa y mantener unido á Suecia, á pesar de la tibieza de su amistad, al elector Juan Jorge, pues de otra suerte podia de antemano asegurarse que este, para salir de la apurada situacion en que se encontraba, firmaria la paz con el emperador.

Grandes eran, en efecto, los apuros y peligros del elector



Plan del órden de batalla de Lutzen. Facsímile reducido del grabado de J. L. Gottfried, inserto en el *Inventarium Suecia*, 1632